

los suyos en la lancha, les dirigió las siguientes palabras:

—Señores míos; siempre podeis congratularos de no haber pasado la noche en la lancha, ó en la orilla del río, sino en *mi finca, entre gente blanca y de trato.* (1)

(1) Todo esto es un hecho positivo.

CAPITULO VIII.

Sobre el Orinoco.

Habian pasado seis dias, desde la salida de San Fernando, cuando la lancha de los viajeros llegó á la desembocadura del Apure en el Orinoco, aquel río caudaloso, cuya exploracion habia sido tanto tiempo el deseo de los viajeros.

Hasta donde alcanzaba la vista, se extendia ante ellos una inmensa superficie de agua, produciéndoles un estremecimiento de admiracion, porque la soledad y la grandeza son el signo característico del curso del Orinoco, uno de los ríos mas grandes del Nuevo Mundo, siendo su anchura de mas de mil quinientos piés en aquel

punto, y que se extiende en la estacion de aguas á treinta y tres mil piés, cuando los cerros Curiquima y Pocopocori se convierten en islas.

En el puerto de Encarmanda encontraron los viajeros por primera vez, Caribes libres de Panapana, entre ellos á un jefecillo que andaba en su lancha rio arriba, para presenciar la célebre pesca de tortugas. Estaba sentado debajo de una especie de toldo construido con hojas de palma. Su fria gravedad y el respeto con que lo trataban los suyos, demostraban que se tenia delante á un temible jefe, dueño de vida y de muerte. Todos estos indios hubieran hecho honor á D. Ignacio, porque se hallaban desnudos como él y armados con arco y flecha, con la sola diferencia de que tenian pintado todo el cuerpo de color rojo.

El jefe, los criados, la lancha, la vela, todo tenia este color. La estatura de estos hombres era atlética, y mas elevada que la de todos los demás indios que habian visto nuestros viajeros hasta entónces. Su pelo lacio, espeso y cortado en la frente; sus cejas teñidas de negro, su mirada siniestra y viva, daban á sus facciones un aspecto duro. Las mujeres muy altas, pero súcías hasta el extremo, cargaban á sus hijos en la espalda. (1)

(1) Viajes etc., tomo 2º pág. 235.

Humboldt y sus compañeros tenian deseos de ver la célebre pesca de tortugas, y con este fin se dirigieron á la Boca de Tortuga, (2) á donde los llevó pronto una fuerte brisa del Noroeste.

Esta isla es célebre y tiene su nombre por la pesca de tortugas, ó como se dice allá, por la cosecha de huevos de tortuga que se recoge anualmente.

Los viajeros encontraron allí muchos indígenas. Se habian agrupado á lo ménos trescientos, en chozas de hojas de palma. Además de los Guamos y de los Otomacos de Uruana, que ambos pasan por tribus salvajes é indomables, habia Caribes y otros indios del Orinoco inferior. Cada tribu tenia sus chozas separadas, y se distinguia por el color con que tenia pintada la piel.

Tambien habia algunos blancos, principalmente pulperos de Angostura, que habian ido á comprar á los indígenas aceite de huevos de tortuga. Se notaba allí, un bullicio como el de Europa en las ferias.

La época en que la gran tortuga de Arau, que pesa algunas veces medio quintal, pone sus huevos, coincide con la estacion en que el agua está mas baja.

Empezando á subir al Orinoco desde el equinoccio de la primavera, están secos los puntos mas altos, desde principios de Enero hasta fines de Marzo; de manera, que estas enormes tortugas se reunen en Enero, en grandes masas, á las orillas de las islas Cucurúpan, Urua-

(2) Isla de Tortuga. Viajes etc., tomo II. pág. 241.

na y Pararuna; sacan el pescuezo para ver si tienen que temer algo de tigres ó de gente.

Los indios, á quienes importa que las tortugas queden juntas y que pongan sus huevos sin ser inquietadas, colocan guardias por toda la orilla, y á los de las lanchas se les advierte que se queden en medio del rio, para no ahuyentar á aquellos animales.

Despues de haberse metido el sol, comienzan á poner los huevos, que son mas grandes que los de paloma. La tortuga, con sus piés traseros, que tienen uñas largas y encorvadas, cava un agujero de tres piés de ancho y dos de profundidad, donde deposita sus huevos; pero son en tan grande cantidad, que les sorprende el dia ántes de que concluyan su operacion. Se apresuran entónces, y no hacen caso del peligro que pudieran correr, de manera que á estas tortugas que ponen tan tarde los huevos, les llaman los indios *tortugas tontas*, y esta ocasion es la mas propia para agarrarlas con las manos.

El campo de los indios se acababa de establecer, cuando Humboldt desembarcó en la isla.

No eran semblantes muy apacibles los que allí encontraba; pero pronto se estableció una buena inteligencia con ellos, despues de haber enseñado Humboldt al misionero de Uruana, que dirigia este negocio, una carta de recomendacion del guardian de las misiones de franciscanos, en la cual vió el misionero que los viajeros no tenían otra intencion que la de enriquecer su saber.

La célebre cosecha de huevos tomó entónces su curso acostumbrado.

Primeramente nombró el misionero un comisionado para dividir en lotes el terreno donde estaban los huevos, segun el número de las tribus presentes.

Estos individuos eran todos llamados indios de las misiones; pero tan desnudos y de tan poca cultura como los indios de los bosques. Se les llamaba *neófitos*, *reducidos*, porque iban algunas veces á la iglesia cuando se les llamaba con la campana, y..... porque habian aprendido..... á arrodillarse en el acto de la consagracion, sin que por esto entendieran lo que significa esta ceremonia.

Por lo demás, no tenían ni la mas pequeña idea de los principios del cristianismo, pues sabian tanto de esto como las tortugas, que estaban tan ansiosos de coger, y como los tigres.

El comisionado comenzó la operacion de investigar la profundidad de la capa de huevos del suelo, que fué de tres piés, siendo su extension de ciento veinte. Despues hizo la division en lotes, y cada indio estuvo sacando con las manos la parte que le correspondia y metiéndola en pequeños canastos llamados *mapiri*. Estas partes se reunieron en el campo, y fueron colocadas en grandes artesones de madera llenos de agua. Allí las mujeres machacaban los huevos de tortuga, y exponian la masa á la accion del sol, para que la parte grasosa que nadaba en la superficie del agua, tomase consistencia;

y esta grasa, expuesta despues al fuego, es la que llaman aceite ó manteca de tortuga.

Se ha calculado que toda la cosecha consiste en treinta y tres millones de huevos, para la cual se necesitan trescientas treinta mil tortugas. El número de tortugas que ponen anualmente sus huevos en las orillas del Orinoco inferior, asciende á cerca de un millon.

Durante la travesía por el Orinoco hablaron muchas veces los viajeros sobre esta cosecha de huevos de tortuga. Humboldt investigó, dibujó y describió la tortuga de Arrau y otras especies. Tambien la descripcion científica de los peces del Orinoco le ocupó mucho; pero ante todo trató de determinar geográficamente, y con exactitud, el curso de este caudaloso rio, que no lo estaba hasta entónces; miéntras Bonpland aumentó considerablemente su coleccion de plantas. Tambien hacian observaciones meteorológicas sobre la temperatura del aire, los fenómenos de la electricidad y del iman, la intensidad de la fuerza magnética, y continuamente estaban ocupados del levantamiento topográfico de las orillas del rio, y de su investigacion geológica.

Nada de lo que tenia interes para las ciencias naturales, escapó á la perspicacia de Humboldt, ni á su espíritu activo é investigador. Los reinos animal, vegetal y mineral, los tenia constantemente á la vista, lo mismo que las influencias poderosas que ejercian los volcanes y las aguas, desde tiempos mas remotos, sobre la configuracion de la tierra en los países que visitaba. Y en

todo esto no se limitó á observaciones superficiales, cuya circunstancia se prueba con el hecho de haber reunido multitud de animales, con el fin de examinar escrupulosamente sus propiedades.

Solo una cosa era muy molesta para los viajeros, y consistia en tener que hacer uso de otra clase de lancha para poder pasar los saltos del rio en algunos puntos, porque este nuevo vehículo era muy estrecho é incómodo. Esta especie de canoa era como todas las de los indios, de un tronco de árbol enhuecado por medio del hacha y del fuego, de unos cuarenta piés de largo por tres de ancho, no pudiendo sentarse en ella tres personas juntas. Estas canoas son tan movibles, y requieren una reparticion tan uniforme de la carga, que al intentar ponerse en pié, se necesitaba avisar á los bogas, para que se inclinaran al lado opuesto, porque sin esta precaucion se llenarian de agua. Para ganar algo en anchura, tenian formada en la parte trasera de la canoa una especie de red construida de ramas, y que sobresalia de los bordes de ambos lados. El toldo era tan bajo, que se necesitaba estar acostado ó encogido. La parte delantera de la canoa la ocupaban los bogas, que se hallaban enteramente desnudos, y colocados de á dos en fondo, remaban á compas. Las pequeñas jaulas con pájaros y monos, cuyo número aumentaba cada dia mas, se colgaban parte en el toldo y parte junto á los remeros. Durante la noche se colocaban estos animales y los trenes en el campo; las

hamacas de los viajeros al derredor de estos trenes; despues los indios y en el extremo una lumbre para ahuyentar á los tigres.

A todas estas incomodidades habia que agregar la plaga de los mosquitos, que en masa se acomodaban debajo del toldo, así como el calor que irradiaban las hojas de palma, cuya superficie estaba expuesta continuamente á los rayos del sol. A cada momento procuraban los viajeros hacer llevadera esta situacion penosa, pero siempre en vano. Sin embargo, con buen humor, cordialidad mútua, y gusto para contemplar lo grandioso de la naturaleza, no les era tan difícil soportar las mayores penalidades.

¿Y no era en efecto un maravilloso país el que visitaban, y cuya exploracion mereciera la pena de arrostrar todas estas incomodidades? No solo se trataba de maravillas de la naturaleza, sino que estos países del Orinoco superior, casi enteramente desconocidos hasta entónces, representaban el verdadero suelo clásico del Nuevo-Mundo, para los mitos y cuentos.

Allí colocaban los misioneros á las gentes de un solo ojo en la frente, con cabeza de perro y la boca abajo del estómago; y en general todo aquello que refieren los antiguos, de los Garamantes, Arimaspes é Hiperbóreos; pero estos cuentos tomaban los misioneros, algo ignorantes, de lo que les decian los indios, porque en las misiones, como en la mar y en el Oriente, les agradan los cuentos para evitarse el fastidio, y despues los

refieren como hechos positivos con el objeto de causar sensacion á las gentes. Si se pone en duda la realidad de estos cuentos en Cumana, Barcelona y otros puertos de mar, que tienen tráfico fuerte con las misiones, la gente contesta del modo siguiente:

—«Los Padres lo han visto; pero mas allá de los raudales.»

Igualmente se cuenta de serpientes y tigres colosales, y de otros animales enteramente fabulosos, y aún de tribus salvajes y crueles que poblaban aquellas regiones y de quienes se referian cosas horribles.

Tambien en esta ocasion dieron estos cuentos y mitos bastante materia para las conversaciones de los tres amigos con los bogas.

—Y sin embargo, es cierto, decia el indio timonero, aunque no querais creerlo. Tan luego como vuelva á salir el sol, estarémos en el país de los Payahoquas, y entónces debemos tener cuidado de nuestros pellejos.

—¿Y son tan temibles estos Payahoquas? preguntó Soto á quien divertian mucho los cuentos de los indios.

—Son hombres de un tamaño colosal y tan fuertes, que ahogan al mas grande tigre con un apretón de manos. Sus flechas envenenadas matan á todo el que hieren, y su alimento favorito es la carne de los enemigos que logran matar.

—¿Y de quién sabeis estas historias? preguntó Humboldt.

—Del Padre Romano.

—¿Y ha estado este Padre Romano con los Payahoquas?

—Ciertamente, dijo el otro.

—¿Y no se han comido al Padre?

—Entonces no habría podido volver para darnos estas noticias.

Los amigos rieron de la contestacion adecuada del indio.

El viento comenzó á soplar muy fuerte en este instante: la canoa pequeña y quebradiza se hallaba en continuas oscilaciones.

—Tened cuidado, dijo Bonpland al timonero. El viento sopla muy fuerte, y es fácil que esta cáscara de nuez en que andamos, se vaya á pique, y entonces nos comian los lagartos, que es peor que si nos comieran los Payahoquas.

El timonero dirigió á Bonpland una mirada altiva, y le dijo gravemente:

—El hombre blanco nada tiene que temer, mientras un pellejo colorado gobierne la canoa.

—Tanto mejor, contestó Bonpland, calmando al indio. Nadie duda de vuestra habilidad; pero al mejor puede acontecer una desgracia en una canoa de esta clase..... Volvamos, pues, á hablar de los Payahoquas. ¿Son ellos, en efecto, antropófagos?

—El «Gran Cocodrilo,» su jefe, engorda siempre á una de sus mujeres para matarla y comerla cuando esté gorda.

—¿Y le acompañan en la comida sus demás mujeres? preguntó Soto.

—Por supuesto.

—¡Horrible, si fuera verdad! exclamó el joven.

—Lo que sí es cierto, dijo entonces Humboldt, es que estamos en peligro de irnos á pique. Este miserable botecito no podrá resistir mucho á los golpes de viento, que se han levantado.

—Y el Orinoco tiene aquí una anchura de diez y ocho mil piés, y es tan profundo como la mar. ¿No sería mejor desembarcar por un poco de tiempo? preguntó Humboldt al patron.

Pero este quedó callado por algunos minutos. Después dijo:

—El pellejo colorado probará á los sabios hombres blancos, cómo se maneja una canoa.

—¿Y qué pensais hacer?

—Seguir la dirección del viento, y con un golpe estar en medio de la corriente.

En efecto, el hombre se puso en pié; pero justamente, cuando iba á mostrar la habilidad y la audacia de su maniobra, vino un fuerte golpe de viento; el bote zozobró llenándose de agua, la que cubrió instantáneamente hasta las rodillas á los que estaban adentro, haciendo nadar los libros, papeles y plantas disecadas.

—Somos perdidos, exclamó Soto, pálido como la muerte.

Los indios prurmpieron en un grito. El patron que habia caido en el rio, luchaba con las olas. Tambien Humboldt, que se retenia con trabajo en la mesa, ocultando su diario en el seno, y que habia salvado con dificultad, se encontraba pálido.

Los golpes del viento se redoblaban.. El bote, que fué conmovido por ellos como una cáscara de nuez, tal vez seria sepultado en las aguas dentro de pocos minutos.

—¡Se acabó! dijo Soto, y sus lábios pálidos pronunciaban en voz baja el nombre de «Arabela.»

Humboldt guardó silencio: tenia la muerte á la vista, y con ella el triste y terrible pensamiento: *«todo ha sido en vano.»*

Solo Bonpland habia conservado en esta vez toda su calma y presencia de ánimo. Una mirada sobre el agua hácia la orilla, le inspiraba confianza.

—¡Salvémonos nadando! dijo con resolucion.

—¡Jamás! exclamó Soto, ¿no pensais en los lagartos?

—En este momento no se vé ninguno.

—La profundidad los oculta.

—Sin embargo, es la última esperanza de salvacion... amigos, si no nos volvemos á ver..... entónces adios, y ahora..... seguidme.

Y ya iba á brincar al agua, cuando un nuevo viento dió un fuerte golpe á la canoa, y el jóven francés cayó de espaldas dentro de ella.

Perot... ¡qué fortuna! la jarcia de la vela se rompió con este golpe, quedando ésta libre, y el aire no pudo ya imprimirle movimiento alguno; por consiguiente, la canoa quedó suspensa. El mismo viento que habia lastreado el bote lo enderezó (1).

—¡Sacad el agua, sacad el agua! gritó en este momento el patron, que ya habia vuelto á introducirse en la canoa, y todos empezaron á sacar el agua con cubetas. Con el último golpe, pareció ya cesar el viento, y Humboldt y sus amigos se vieron salvados como por milagro (2).

Un grave y solemne silencio siguió á este acontecimiento.

Al anochecer formaron su campo dentro del rio en una isla desierta y árida. Con una luna magnífica, sentados sobre la concha de una gran tortuga que estaba en la orilla, tomaron su cena, alegrándose sobremanera de haber escapado de una muerte casi segura.

Cada uno de ellos se ocupaba interiormente de lo que acababa de pasar. Habia sido la muerte que los habia agarrado con mano fria, y ante este pensamiento se estremecian de cuando en cuando.

Hay momentos en la vida en que los hombres, sin ser pusilánimes, temen mas el porvenir que en otras ocasiones.

(1) Viajes, etc. tomo II. pág. 251.

(2) Narracion textual de Humboldt.

Humboldt y sus amigos hacia pocos dias que navegaban en el Orinoco y..... todavía tenían delante una navegacion de casi tres meses en rios, llenos de escollos, y en canoas mas pequeñas aún que aquella en que iban á sucumbir.

Y mientras estaban reflexionando en esto..... atravesaban los tigres el rio..... y rodeaban su campo.

Al anochecer formaban su campo en un claro de la selva. Con una gran tarapa para cubrirse de la lluvia, tomaban su cena, y se acostaban en la orilla, cubiertos de sus mantos de algodón.

Cada uno de ellos se acordaba de la noche anterior, cuando se hallaban en el campo de batalla, rodeados de la multitud de indios que los perseguían.

Al fin pareció despertar Arabela de sus meditaciones. Se inclinó hácia la otra jóven, imprimiéndola un ardiente beso en la frente.

Julia se sonrió. Luego la preguntó con cierta malicia:

En la hacienda del Diamante, se hallaban en el balcón de la casa principal Arabela, marquesa del Toro, junto á su amiga Julia, hija del propietario D. Francisco Sanchez. Hacia una noche de luna magnífica, cuya circunstancia habia conducido insensiblemente á las niñas á un estado medio soñoliento y melancólico.

Al fin pareció despertar Arabela de sus meditaciones. Se inclinó hácia la otra jóven, imprimiéndola un ardiente beso en la frente.

Julia se sonrió. Luego la preguntó con cierta malicia:

En la hacienda del Diamante, se hallaban en el balcón de la casa principal Arabela, marquesa del Toro, junto á su amiga Julia, hija del propietario D. Francisco Sanchez. Hacia una noche de luna magnífica, cuya circunstancia habia conducido insensiblemente á las niñas á un estado medio soñoliento y melancólico.

En la hacienda del Diamante, se hallaban en el balcón de la casa principal Arabela, marquesa del Toro, junto á su amiga Julia, hija del propietario D. Francisco Sanchez. Hacia una noche de luna magnífica, cuya circunstancia habia conducido insensiblemente á las niñas á un estado medio soñoliento y melancólico.

Al fin pareció despertar Arabela de sus meditaciones. Se inclinó hácia la otra jóven, imprimiéndola un ardiente beso en la frente.

Julia se sonrió. Luego la preguntó con cierta malicia:

En la hacienda del Diamante, se hallaban en el balcón de la casa principal Arabela, marquesa del Toro, junto á su amiga Julia, hija del propietario D. Francisco Sanchez. Hacia una noche de luna magnífica, cuya circunstancia habia conducido insensiblemente á las niñas á un estado medio soñoliento y melancólico.

Al fin pareció despertar Arabela de sus meditaciones. Se inclinó hácia la otra jóven, imprimiéndola un ardiente beso en la frente.

Julia se sonrió. Luego la preguntó con cierta malicia:

En la hacienda del Diamante, se hallaban en el balcón de la casa principal Arabela, marquesa del Toro, junto á su amiga Julia, hija del propietario D. Francisco Sanchez. Hacia una noche de luna magnífica, cuya circunstancia habia conducido insensiblemente á las niñas á un estado medio soñoliento y melancólico.

Al fin pareció despertar Arabela de sus meditaciones. Se inclinó hácia la otra jóven, imprimiéndola un ardiente beso en la frente.

Julia se sonrió. Luego la preguntó con cierta malicia:

En la hacienda del Diamante, se hallaban en el balcón de la casa principal Arabela, marquesa del Toro, junto á su amiga Julia, hija del propietario D. Francisco Sanchez. Hacia una noche de luna magnífica, cuya circunstancia habia conducido insensiblemente á las niñas á un estado medio soñoliento y melancólico.

CAPITULO IX.

Una noche de terror.

En la hacienda del Diamante, se hallaban en el balcón de la casa principal Arabela, marquesa del Toro, junto á su amiga Julia, hija del propietario D. Francisco Sanchez. Hacia una noche de luna magnífica, cuya circunstancia habia conducido insensiblemente á las niñas á un estado medio soñoliento y melancólico.

Al fin pareció despertar Arabela de sus meditaciones. Se inclinó hácia la otra jóven, imprimiéndola un ardiente beso en la frente.

Julia se sonrió. Luego la preguntó con cierta malicia: